



Carta de un joven ecuatoriano sobre las elecciones en Chile

Querida Familia,

Quiero compartir la experiencia de ayer. Cuando elegí la opción ideológica de la Democracia Cristiana, varios autores me conducían a conocer “el camino chileno del desarrollo”, que era la aplicación del “camino alemán”. Recuerdo aquellas palabras de Patricio Aylwin, en el año 2006, cuando en un almuerzo nos contaba a un grupo de personas los primeros pasos de la “Concertación”. Y es que un objetivo común, más grande que ciertos intereses personales, unió a partidos ideológicamente distintos: lograr el retorno a la democracia en Chile y, sobretodo, ganar las elecciones. Un año más tarde, conseguían en las urnas el histórico triunfo.

Días después de esa conversación, pensé que solo el diálogo y el consenso podían llevar al Ecuador a una nueva senda. Inspirado por lo sucedido en Chile a principio de la década de los noventa, llamé a Juan Sebastián Roldán y María Paula Romo, pocos días antes de la primera vuelta electoral del 2006, pues sabía que a pesar de nuestras diferencias ideológicas, podríamos construir un proyecto común. Semanas más tarde, me atrevía a enviar un correo electrónico a Correa, para que no prosiga con la confrontación durante su campaña. Obviamente, nada sucedió, nadie concertó y el resultado es irreversible hasta la actualidad.

Ayer, domingo 17 de enero, tuve la oportunidad de ser testigo del proceso electoral chileno. Para muchos de mis coidearios, el triunfo de Piñera significaría el retroceso de Chile del modelo de desarrollo social alcanzado en los últimos años. Para otros amigos y académicos, Chile necesita un cambio y era imperativo que Piñera triunfe. En fin, unos y otros discutían y se preveía que sería una elección muy reñida, como efectivamente lo fue. Pero no es esto lo que quiero expresar hoy. No es la discusión de la derecha o la izquierda. No es la discusión del “cambio” o del “status quo”.

A solo 30 minutos del primer resultado oficial, el candidato Eduardo Frei reconoció el triunfo de Piñera y desde las 17.30 hs. le manifestó su apoyo en su proyecto político mencionando que “si le va bien a Usted, le va bien a Chile”. Le pidió perdón públicamente por cualquier cruce verbal en los últimos días y le manifestó que “atrás queda la campaña”. Una hora más tarde, quienes observábamos el proceso en el comando de la “Coalición”, nos sorprendíamos de la llamada telefónica –televisada en vivo- de la Presidente Bachelet a Piñera, para felicitarlo y ofrecerle toda la ayuda para la transición. Bachelet desayunaría hoy a las 8.00 am en casa de Piñera, para iniciar así el proceso.

En su primer discurso a las masas, Piñera resaltó la necesidad de la “unidad nacional” para lograr “el cambio en Chile”. Unos minutos más tarde, Frei y su familia llegaban al Hotel Crown Plaza para felicitar personalmente a Piñera, y el candidato ganador le pidió, de frente, una oposición leal y una fiscalización real que ayude al éxito de su Gobierno.

Sentía que estábamos en un mundo ideal. Testificaba una construcción política del “Entendimiento”, de la cual hablaba Pablo Longueira en su libro “Testimonio de Fe” que el Andrés me regaló hace dos años. Y parecía utópico, pero se daba en este país. En ambos comandos, en el perdedor y en el ganador, los términos “justicia social” y “bien común” eran

utilizados permanentemente. La democracia en Chile había madurado y la conciencia cívica había logrado que una sociedad que hace pocos años nadaba en sangre por su división, hoy pueda concertar para alcanzar el objetivo mayor: la verdadera lucha contra la pobreza.

Estar en Chile, en cualquiera de sus regiones, se siente diferente. Como ciudadano de Sudamérica, que a pesar de mi edad he podido conocer y convivir en casi todos sus países, puedo decir que estar en Chile es distinto. A pesar de sus problemas, de su división, de la pobreza que aún existe, sus ciudadanos tienen un rostro distinto, sus calles huelen diferente, y sus medios de transporte son mejores. ¿Hay mejor calidad de vida? No lo sé, porque algunos la medirán a través del PIB, y otros a través del “índice de la felicidad”. En todo caso, los chilenos deben tener un mejor PIB per cápita, pues se los nota más felices.

No sé qué tal gobierno haga Piñera, me preocupa mucho su radical ideología liberal, ni auguro qué pueda pasar con la Concertación, pues quizás no hace la oposición “leal” y “constructiva” que ofreció. Pero independientemente del futuro, aplaudo lo que viví ayer. Y agradezco haber tenido la oportunidad de estar aquí.

En los periódicos ecuatorianos leí sobre el aniversario de los tres años de “La Revolución Ciudadana”. También escuché el discurso de Rafael Correa durante el festejo, y observé partes de su cadena del pasado día sábado. Recordaba los discursos combativos y confrontacionales de todos los Gobiernos que en mis años de vida, han dirigido el país. Y de esa absurda confrontación, hipócrita y calculadora, no salimos nunca.

La lucha no es económica, no es ideológica, no es política. La lucha es espiritual y la principal revolución que necesitan nuestros países es “la de las almas”, como decía acertadamente Velasco Ibarra. La fuerza del amor y la alegría se mide en la aceptación del diferente, del rival, del prójimo, con sus fallas y aciertos, del perdón, y en la concertación por el objetivo más grande: el bien común.

De Ecuador ojala algún día, alguien escriba lo mismo. Mientras tanto, a seguir trabajando.

Un abrazo desde Chile,

Juan Carlos Holguin